

TALLER: EL CUIDADO DE LA TIERRA. LA “CONVERSIÓN” ECOLÓGICA¹

I. Breve presentación del Taller

El animador presenta el taller: Duración: aproximadamente 90 minutos; siete partes... etc. Es conveniente que los participantes se dispongan alrededor de una gran mesa (se pueden juntar varias), de forma que se puedan ver y, según el caso comunicarse. En todo caso, deben estar dispuestos de modo que puedan ver la pantalla en la que se presentará el vídeo *El pálido punto azul*, con las palabras de Carl Sagan, con las que se comenzará el taller después de la breve presentación y la lectura del Objetivo del taller que sigue y que hará el propio animador.

Objetivo: La conversión ecológica.

El tema del cuidado de la tierra, puede abordarse desde la toma de conciencia del grado de deterioro en que se encuentra el planeta, teniendo como parámetro la interrelación del medio vital del planeta con la vida del ser humano.

Se parte de un diagnóstico de la situación de deterioro del medio, de sus causas, y de las consecuencias para las condiciones de vida en general y para la vida humana en particular.

Esta aproximación es necesaria y urgente, porque la aceleración del proceso de destrucción es evidente y se habla de plazos muy cortos para la irreversibilidad de dicho deterioro y la viabilidad de la misma vida de la especie humana.

Esa aproximación, legítima, no deja de ser antropocéntrica: interesan y preocupan las condiciones del planeta porque constituyen el *hábitat* del ser humano.

Se puede abordar también, y creemos que más radicalmente, tratando de analizar el problema desde un ángulo que contemple al ser humano en relación y en dependencia constitutiva con el mismo principio original del universo. Se trata de lograr una perspectiva que comprenda al ser humano en relación con todo lo que ese Principio² “expresa” a través de las leyes que el mismo ser humano es capaz de descubrir e interpretar en el universo del que él mismo forma parte.

Es el principio de *trascendencia* que considera al universo como transido de Algo (para el creyente Alguien) que es más que él y que lo origina y trasciende. Es la óptica del creyente, esto es, del místico: el mundo universo, comprendido el ser humano, tiene una dimensión **sacramental**, contiene una dimensión que es más que la de su peso y medida y sus leyes físicas. Es desde esta óptica desde la que hablamos de **conversión ecológica**.

1

Este taller fue preparado por los Grupos y Comunidades Cristianas de Tenerife para la asamblea de Redes Cristianas en Gijón, del 30 de noviembre al 2 de diciembre, 2018.

2

“Dios” es el nombre más común, pero es un nombre pervertido y casi inservible por la diversidad de acepciones contradictorias que ha recibido: se lo ha utilizado para dar muerte y para dar vida, para justificar todo tipo de abusos e injusticias, para separar y para unir, para odiar y para amar.

II. Presentación del vídeo: *El pálido punto azul*

Breve introducción: Se recomienda la visión del vídeo seguida de una pequeña pausa en silencio. Después de la cual el animador subrayará muy brevemente dos impactos que producen las imágenes: *Pequeñez y fragilidad* del ser humano, diminuto en un planeta diminuto; y, al mismo tiempo, *grandeza y responsabilidad* del ser humano, capaz de ensanchar la mirada más allá de sus propios límites, ver y pensar el universo.

III. Contemplación-oración:

Después de la breve pausa de “contemplación” (no necesariamente “reflexión” sino más bien se trata de dejarse impactar por las imágenes vistas) viene el momento de “escucha”. La finalidad es encauzar lo experimentado hacia la “admiración” como apertura al *misterio* del universo y del ser humano ¡que *somos!*

Las lecturas 1ª y 2ª las hacen dos lectores. Se advierte que son lecturas largas, pero que no hay que tener prisa para dejarse llevar por ellas. El salmo se puede cantar.

1º lectura: Entenderemos realmente cuando entendamos que *no sabemos*. Aprenderemos a *mirar* cuando comencemos a *admirar*. Pequeñez y fragilidad del ser humano: Job 38-39.

Cántico: Qué es el ser humano. No es una pregunta filosófica o académica. Es la pregunta por excelencia *sobre mí mismo, sobre ti mismo*. Grandeza del ser humano: Sal 8.

2ª lectura: Dónde radica la fragilidad y grandeza del ser humano: Hijos en el Hijo y hermanos de todo lo creado, bajo el cuidado del Padre/Madre: Mt 7,25-34

IV. Momento de reflexión y puesta en común (ver guiones adjuntos, abajo pp. 9-10)

Dependiendo del número de participantes se constituyen dos o más grupos que se han de reunir, cada uno por su lado, para reflexionar. Para ello se distribuye a cada uno de los participantes una copia de los guiones, la del guión primero, a los del grupo 1º; la del segundo, a los del grupo 2º. Uno de cada grupo leerá en voz alta el guión que los demás han de tener en la mano y se ha de encargar de coordinar la reflexión y tomar nota de las aportaciones para la posterior puesta en común.

Una vez terminada la reflexión por grupos, se retorna a los puestos en torno a la mesa y se ponen en común las reflexiones de cada uno de ellos.

V. La mesa de la creación

Ahora el centro es la mesa. Se han de disponer en ella: unas *rocas*, una jofaina con *agua*, un dispositivo con *fuego* (un cirio, un bracero u otro objeto que haga visible la llama, etc), diversos *vegetales* (ramas, flores, frutos), productos elaborados para la *comida* (pan, vino y otros alimentos).

1. La mesa dispuesta

El animador lee pausadamente. Es importante que todos centren su atención en la mesa y los objetos que están en ella.

La mesa es hoy el mundo. El mundo en que vivimos, la tierra, portadora de nosotros mismos, de la vida que conocemos, testigos de tanto dolor y tanto gozo, de tantas frustraciones

y esperanzas:

Vamos a tocar, a palpar —como lo hacemos cada día de forma rutinaria—, cada uno de los elementos que aquí están en representación de las diversas formas en que experimentamos la materia de la que somos parte y que, al mismo tiempo, nos rodea. Sí, las vamos a palpar, esta vez a plena conciencia. Avivemos nuestros sentidos, el tacto, el olfato, el gusto, el oído, la vista, estas puertas que nos dan acceso al sacramento de la vida y nos abren las puertas del asombro. Porque es ahí, a las puertas del asombro, donde comenzamos a ser verdaderamente humanos.

La PIEDRA, la materia inerte, energía que una vez estuvo concentrada en el punto misterioso sin espacio, en el momento sin momento de la gran explosión, del *big-bang* inicial que puso en marcha el universo en expansión; allí estaban estas rocas, que han llegado rebotando de galaxia en galaxia, de estrella en estrella hasta nosotros, de siglo en siglo, hasta nuestras manos (nos vamos pasando las piedras); acariciándolas acariciamos el universo entero, el largo recorrido que las ha traído hasta nuestra manos.

El AGUA, otra forma de materia, oxígeno e hidrógeno, que ha alcanzado en su largo viaje cósmico, por fin en esta tierra, la combinación perfecta para que surgiera aquí el misterio de la vida. Dentro de las profundidades de las aguas, como seno materno, han nacido todas las formas de vida que conocemos. También la nuestra. El agua materna, silenciosa en los veneros, vivificadora en la lluvia, solemne y misteriosa en el mar, impetuosa en los ríos y barrancos. Sintamos su frescor, o su calor, como caricia maternal (introducimos las manos en el agua, sin prisas, para sentirla).

El FUEGO, el calor, la luz. La energía pura, esparcida por los espacios infinitos en miríadas de estrellas y galaxias, en cantidad tan abrumadora que nos ciega la razón el vértigo. Esa luz pequeña y trémula no es en modo alguno pequeña, es inmensa, es hija del sol, guiño del magma ardiente que brota en los volcanes, y sacude la tierra, cuyo calor sentimos también en nuestro cuerpo (acercamos las manos al fuego).

El AIRE: oxígeno y nitrógeno. En las proporciones justas. Nos sacude en el viento, o nos acaricia en la brisa. Compañero silencioso no se hace notar, pero lo absorbemos, respiración a respiración, 20, 30 veces cada minuto. Solo notamos su presencia cuando se ausenta o se nos sustrae. Entonces nos damos cuenta de que vivir es respirar. El soplo divino que pone en pie toda materia animada (respiramos despacio, sentimos el aire penetrar por nuestra nariz, llenar nuestros pulmones).

Los VEGETALES, son la vida que se yergue sobre la faz de la tierra y la llena de colores. La misma que, al conjuro de esta lluvia de otoño ha brotado como una bendición. Este tronco cortado ha sido portador este año pasado de frutos, ha absorbido el agua de la tierra en forma de savia, y, con ella, ha incorporado todos los minerales necesarios para transformarlos en el fruto que nos ofrece. Esas manzanas y esos plátanos... Todos ellos vienen desde lejos, de muy antiguo, de aquel momento original en que todo empezó (nos pasamos los ramos, las flores, los frutos, los palpamos, los olemos, admiramos sus colores y textura...).

Y NOSOTROS. Con todos los animales. Sí. No nos avergoncemos. Somos animales, del sexto y último día. Formamos parte de ese reino, en que la vida se expresa en formas casi

infinitas. Erguidos sobre la tierra, surgidos de la misma tierra con todas las formas de vida, hermanos de todas ellas, nos nutrimos de ella; necesitamos del agua, de los minerales que previamente han transformado para nosotros otros animales y plantas con sus hojas y frutos, ¡benditos sean! (sentir nuestro peso: 60, 70 kg., de los cuales, el agua más del 70 % de nuestro volumen corporal, carbono, hierro, calcio...). Y este pan y este vino, dispuesto para la comida, don de la tierra y del trabajo y saber del ser humano.

Pero hemos llegado a ser palabra, expresión de los labios y la mente y el corazón, con la que podemos nombrar y reconocer lo que nos rodea; podemos decir: piedra, agua, fuego, y, estrella, luna, tierra... y, ¡reconocernos!: Carmen, María, Elena, Isabel, Ignacio, Pilar, José... (cada uno da nombre a su vecino/a); y, aún más, podemos pronunciar la más misteriosa de las palabras: Padre/Madre, nuestra y de nuestros padres y madres, y de las plantas y de la tierra y del sol y las estrellas y las galaxias, el nombre que no cabe en ningún nombre y los encierra a todos, el único que conoce el secreto del *big-bang*. Y a todos nos hermana. Nos damos la mano (y permanecemos así en cadena). Rodeamos así la mesa, como un abrazo al mundo entero, don del Padre/Madre, y, también como una muralla, dispuesta a su defensa y su cuidado.

2. La historia “humana” de la mesa

Después de una pequeña pausa en que nos sentimos en cadena humana, vinculados a la tierra, prosigue el lector.

La mesa está dispuesta. Pero la palabra se corrompió. El ser humano, nosotros, mirando los dones que se nos brindan, aprendimos a decir “mío, nuestro”. Es una bella palabra cuando decimos, “hermano, hermana mía”, “amigo, amiga mía”, “Padre/Madre nuestro”. Pero primero los ojos alertaron a la mente y corrompieron el corazón. Y surgió dentro de cada uno la nefasta pregunta que ha cambiado el signo de la historia, no de la historia en general, sino de las pequeñas y cotidianas historias nuestras que tejen cada día la historia general: ¿por qué no “solo mío”, no “solo mía”?

(Se rompe la cadena y se sueltan las manos y cada cual coge algo de la mesa y se pone de espaldas a ella; se permanece unos instantes en esa posición).

Es una imagen, bien patética. Diríase que cómica, si no se tradujera en miles de tragedias cada día. Es la viva imagen del mundo.

3. Una llamada y un anuncio urgente: Restaurar la mesa común

El animador invita a volverse de nuevo hacia la mesa cada cual con lo que ha cogido en su mano y a orar:

El animador:

Padre/Madre “nuestro/a” (y subraya: esa palabra abarca *todo lo creado*)

Todos:

Padre/Madre “nuestro/a (cada cual vuelve a reponer sobre la mesa común lo que había cogido, y prosiguen)

**Venga a nosotros tu reino,
hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo,
Danos hoy el pan nuestro de cada día.
Y perdona nuestras ofensas,
como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden
Y no nos dejes caer en la tentación
mas líbranos del mal.**

(Se expresa la reconciliación con nosotros y la tierra, cerrando el círculo dándonos las manos, y nos ofrecemos mutuamente lo que se ha puesto sobre la mesa: comemos de los frutos y los alimentos preparados).

VI. Profesión final de fe y esperanza (Paráfrasis de Jn 1,1-18).

Como recapitulación final el animador invita a cerrar el taller con esta profesión de fe. Las palabras en negrita que corresponden a Jn 1,1-18, las proclama pausadamente un lector. Las otras las pueden recitar a dos coros todos los reunidos, a modo de salmo, alternando los versos.

1. La Palabra de los sueños

**Al principio ya existía la Palabra
y la Palabra se dirigía a Dios
y la Palabra era Dios.
Ella al principio se dirigía a Dios.**

No existía el mar. Ni este cielo existía. Todavía no se había desplegado el universo. Ni reverberaba el firmamento de estrellas. Fue antes, incluso, que el silencio. Solo la palabra sin voz. Y todo estaba encerrado en la Palabra como un sueño o un proyecto.

Y la Palabra contenía todo el saber de Dios, todo su amor contenía.

Y era la Palabra con la que Dios se hablaba y se decía a sí mismo. Y repetía sus sueños.

2. La Palabra creadora

**Mediante ella existió todo,
sin ella no existió cosa alguna de lo que existe.**

Y fue como el estallido de un beso, el *big-bang* de una corazonada, una explosión de júbilo.

Y de galaxia en galaxia y de estrella en estrella fue expandiéndose el universo.

Y la Palabra fue diciéndose las cosas. Una a una fue nombrándolas. Y los sueños se cumplieron.

Y este diminuto planeta vio en silencio cómo se alzaba sobre él la carpa de los cielos, y se poblaba de millones de ojos encendidos.

Y fue la mañana y fue la tarde, y se puso en marcha el reloj del tiempo.

Y brotaron los mares, y se alzaron las montañas. Los árboles levantaron su verdor como bandera y miles de animales fueron acudiendo a la llamada desde el vientre de las aguas.

Y, por fin, fue el ser humano. Primero barro, con el que Dios modeló su propio rostro. Él y ella fue, trenzados en abrazo, pero una sola imagen. Una sola.

Y todo era muy bueno. Así dijo la Palabra.

3. Palabra que da vida

**Ella contenía la vida
y la vida era la luz del hombre:
y esa luz brilla en la tiniebla
y la tiniebla no la ha apagado.**

La Palabra era la vida. Ella contenía la vida. La fuerza original, el impulso creador que anima el universo.

Como un viento poderoso que lo hace respirar. Como el agua que mantiene lozano el árbol de la vida.

Como luz que enciende la sonrisa y la alegría. Y no hay tristeza.

Y el ser humano se alumbró con ella, cuando aprendió a cantar, y a esperar, y a amar.

4. Palabra que nos busca

**Apareció un hombre
enviado por parte de Dios,
su nombre era Juan;
éste vino para un testimonio:
para dar testimonio de la luz,
de modo que, por él, todos llegasen a creer.
No era él la luz,
vino solo para dar testimonio de la luz.**

**Era ella la luz verdadera
que ilumina a todo hombre
llegando al mundo.**

**En el mundo estaba
y el mundo existió mediante ella
y el mundo no la reconoció.**

**Vino a los suyos,
pero los suyos no la acogieron.**

En cambio, a cuantos la han aceptado,

**los ha hecho capaces de hacerse hijos de Dios:
a esos que mantienen la adhesión a su persona;
los que no han nacido de mera sangre derramada
ni por mero designio de un ser humano,
ni por mero designio de un varón,
sino que han nacido de Dios.**

**Y la Palabra se hizo un frágil ser humano
acampó entre nosotros
y hemos contemplado su gloria
—la gloria que un hijo único recibe de su padre—
plenitud de amor y lealtad.**

Un ser humano entre los humanos. Esto fue lo que vieron nuestros ojos y palparon nuestras manos.

Primero un niño, nacido en un establo en las afueras de la ciudad.

Luego un adolescente que dejó perplejos a sus padres muchas veces.

Un joven luego que, en el taller de su padre, aprendió a amasar el pan con el sudor de su frente.

Un adulto, por fin, que, conociendo la pobreza y el trabajo, se puso de la parte de los desgraciados de su pueblo.

Un ser humano que supo dar la vida. La suya propia, como la de Dios.

Y en medio del desgarró se hizo la luz. Y la gloria de Dios brilló por sus heridas.

Y contemplamos la bondad y la misericordia, la compasión y la ternura de un ser humano. Sin límites. Como la del mismo Dios.

Lo levantaron en alto en un madero; los sacerdotes y entendidos de “dios” fueron. Aquellos que pensaban que “dios” tendría que estar en el cielo y ser por siempre el invisible. Que ellos, decían, ya se encargaban de sus asuntos en la tierra.

Lo levantaron en alto en un madero, y vimos también en él, el rostro de la ignominia y la crueldad. Sin rostro de hombre lo dejaron.

Y aprendimos a reconocer las huellas de la muerte en el rostro mismo de Dios. Y no se nos olvidará.

Lo levantaron en alto en un madero. Y fue como una antorcha. El fruto mejor del árbol de la vida. La palabra más clara sobre Dios. Y sobre el ser humano.

**Juan da testimonio de él
y sigue gritando:**

**“Éste es de quien yo dije:
El que estaba detrás de mí
estaba ya presente antes que yo,
porque existía antes que yo.”**

**La prueba es que de su plenitud
todos nosotros hemos recibido:
un amor que responde a su amor.**

**Porque la ley se dio por medio de Moisés,
el amor y la lealtad han existido por medio de Jesús Mesías.**

A la divinidad nadie la ha visto nunca:

**un Hijo único, Dios, el que está de cara al Padre,
él ha sido la explicación.**

Nadie ha visto jamás a la divinidad. Pero nosotros la hemos contemplado. No fueron las leyes y los ritos los que hasta ella nos llevaron.

Solo cuando, contemplando al Hijo, quisimos ser como él hijos e hijas del Padre y Madre del universo, entonces fue cuando la vimos.

Cuando aprendimos a llamar a los demás “hermanos, hermanas”, comenzamos entender que el pan, el agua, el vestido, como el perdón y el cariño, eran bienes que habían de ser compartidos. Entonces entendimos.

Y entendimos también que entre la luz y la tiniebla no había tregua. Y tomamos partido. Y subimos a la cruz, para dejar allí nuestras manos abiertas al abrazo.

Entonces conocimos a Dios. Y supimos que no era distinto del hombre y la mujer, porque en nosotros estaba.

Y llegamos a ser hijos e hijas con el Hijo. También nosotros expresión del Padre y Madre.

Porque de su plenitud también nosotros hemos recibido: un amor que responde a su amor, y es la ley interior del universo.

VII. Con el saludo de paz se despide la asamblea.

GRUPO I

(Guión para la reflexión)

La toma de conciencia de este *principio creación* se va concretando:

1. en una nueva conciencia o modo de entendernos y entender lo que nos rodea,
esto es:

- en la experiencia de no ser los dueños de la propia vida: la vida es un don, nos hemos encontrado ya existiendo como seres humanos,
- en la experiencia de no ser el centro de la creación, sino más bien de formar parte de un sistema muy complejo en el que nos sentimos ya implicados (más allá de nuestra voluntad) y cuyas dimensiones y leyes no abarcamos totalmente,
- en la conciencia de que el camino de nuestra existencia es un camino compartido con tantos seres de los que no somos dueños.

Pero también y por lo mismo:

- en la conciencia de que las fuerzas que **se expresan y actúan a través nuestro** vienen de antes y van más allá de nosotros mismos,
- en la experiencia —en las relaciones con nosotros mismos, con los demás seres humanos y con todos los seres que nos rodean, animados e inanimados—, de que estamos *dotados de la capacidad de dar vida o de quitarla, de construir o destruir*,
- en la experiencia de estar *cargados con el peso y la responsabilidad de cuidar* de nosotros mismos y de todo aquello a lo que alcanza nuestro radio de relación.

2. Todas estas experiencias generan unas actitudes que fundan y expresan nuestro modo de relación con la fuerza creadora (Padre/Madre), con nosotros mismos (cuerpo y espíritu), con los demás seres humanos y con los todos los seres que nos rodean:

- admiración
- agradecimiento
- respeto
- comunión
- cuidado
- responsabilidad

GRUPO II

(Guión para la reflexión)

La toma de conciencia de este *principio creación* se va concretando:

1. Una nueva experiencia de relación con la Divinidad:

- aprendemos a descifrar el “significado” de nosotros mismos y de lo que nos rodea como la expresión o lenguaje de la Fuerza que nos origina y nos sustenta,
- experimentamos que no La podemos abarcar dentro de nosotros, ni definir, ni comprender en su totalidad, como no podemos abarcar el universo que Ella origina constantemente,
- experimentamos que no La podemos confundir con nuestra propia imagen de seres humanos, y, que si bien somos hechos a su imagen, Ella (Dios) no es imagen ni expresión nuestra,
- sabemos que, de entre todos los nombres y experiencias humanas en los que y con los que Ella se expresa, Jesús prefirió el nombre y la experiencia de Padre/Madre para relacionarse con Ella
- y, que a través de nuestra vinculación existencial a la vida y estilo (Espíritu) de Jesús, dando y dándonos (perdiéndonos) a su manera, experimentamos lo que nosotros mismos desearíamos ser como cabal ideal de ser humano, y, que en tal forma de ser Hijos, nos sentimos llamados a experimentar en nosotros la expresión y la actuación del Padre/Madre del universo
- experimentamos también así, de una forma nueva, nuestra “hermandad” con todos los seres del universo,
- por eso, nos sentimos pequeños, pero no perdidos; solos con nuestra responsabilidad, pero acompañados por el infinito amor del Padre/madre.

2. Todas estas experiencias generan unas actitudes que fundan y expresan nuestro modo de relación con la fuerza creadora (Padre/Madre), con nosotros mismos (cuerpo y espíritu), con los demás seres humanos y con los todos los seres que nos rodean:

- admiración
- agradecimiento
- respeto
- comunión
- cuidado
- responsabilidad